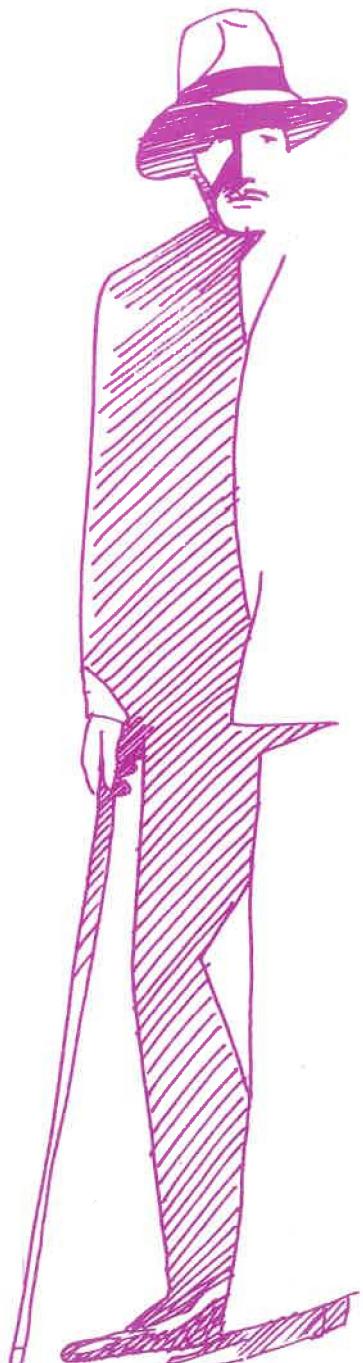


EDUCACIÓN Y ENFOQUES CRÍTICOS

CRÍTICA



“Crítica” es una palabra polisémica que, como tal, ha sido utilizada para caracterizar movimientos, corrientes o enfoques muy diversos. Desde Rousseau hasta uno de sus críticos contemporáneos más implacables como Carlos Lerena; desde quienes exploran minuciosamente los textos de Marx como hace Mariano Fernández Enguita en alguna de sus obras, hasta los postmodernos de pensamiento más *débil*, todos pueden ser mencionados en una recapitulación del concepto de crítica en la educación. Por eso resulta obligado, tras la mención de esta palabra, dar cuenta del significado con el que se utiliza en cada caso. La crítica viene a ser entonces un espacio de debate entre quienes lo utilizan como denominador común.

A mi modo de ver, es decir, desde mi oposición en ese debate, una crítica parcial puede tener lugar en el campo del pensamiento o en el de la acción. En lo que se refiere al primero cabe distinguir entre la que se realiza a través del conocimiento académico, en tanto que resulta ser una suerte de sistemática trituración del objeto que en cada caso se aborde, y la que se lleva a cabo a través de la reflexión y la reconstrucción de los contenidos ideológicos de la conciencia. En lo que respecta a la acción, cabe distinguir entre la que tiene lugar en el micromundo de la escuela y la más general que tiene carácter de lucha política contra el *status quo*. En el universo teórico-práctico de la enseñanza han de concurrir todas ellas en una compleja trabazón dialéctica.

El desarrollo del concepto de crítica en la educación tiene pues una dimensión formal relativa a la aclaración de las relaciones entre el conocimiento académico, la conciencia ordinaria y la actividad práctica, y una dimensión histórico-política que impregna las complejas relaciones que se dan entre estos tres campos o esferas.

Es precisamente la crisis de las grandes doctrinas inspiradoras de las relaciones que se han de promover entre los tres campos mencionados la que, lejos de ser tomada como pretexto para el desaliento y la inhibición, sitúa a quienes se reclaman críticos en la difícil tesitura de abordar la complejidad de dichas relaciones a través del esfuerzo intelectual, la reflexión y la acción. Sin duda, eso tiene una ineludible vertiente individual y otra colectiva, de ahí que sea necesario ensayar formas de organización imaginativas.

Sugiero que en la enseñanza dichas organizaciones debieran tomar la forma de movimientos o plataformas cuyos fines trascienden el apelativo de la *renovación pedagógica*, dado que con éste no sólo no se identifica bien el problema, sino que incluso se simplifica excesiva e idealistamente: de hecho los MRPs lo han trascendido casi siempre. Estoy hablando de organizaciones cuyos fines han de apuntar: primero, a la búsqueda y difusión del conoci-

"En lo que respecta a la acción, cabe distinguir entre la que tiene lugar en el micromundo de la escuela y la más general que tiene carácter de lucha política contra el status quo. En el universo teórico-práctico de la enseñanza han de concurrir todas ellas en una compleja trabazón dialéctica"

miento que trata de explicar las múltiples aristas del fenómeno educativo; segundo, al desarrollo de una conciencia crítica acerca de las contradictorias funciones del sistema de enseñanza institucionalizada y del papel de quienes intervienen en él; y tercero, a la configuración de un núcleo de pensamiento y acción capaz tanto de presionar al poder establecido como de enriquecer las organizaciones políticas y sindicales de izquierdas. Para ello no bastará el patrón de las comunidades autocriticas al estilo de las que propugnan los promotores de la investigación-acción emancipatoria, ni el de las organizaciones pedagógicas, políticas o sindicales clásicas. Pienso que para cultivar los tres campos en cuya dialéctica creo yo que se resuelve la crítica es necesario apoyar el ineludible trabajo individual de estudio, reflexión y acción, a través de colectivos que se muevan entre las formas organizativas propias de la tertulia y las de la asamblea, de la agrupación partidaria y del colectivo cultural, que se sitúen entre la calle y la academia, entre la confrontación abierta y el diálogo sin restricciones (o más bien con las menos posibles).

Los textos que **SIGNOS** publica a continuación tienen su origen en las Jornadas que organizó la Plataforma Asturiana de Educación Crítica y que tuvieron lugar en Gijón los días 26, 27 y 28 de Septiembre de 1994 con la asistencia de ciento treinta profesores. Su contenido da cuenta de una serie de temas sobre los que es necesario trabajar para ir clarificando la teoría y la práctica de la crítica: la democracia, la política general y la educativa, los temas que debemos enseñar y su relación con algunos problemas de nuestra sociedad, etc.

Juan Ramón Capella nos introduce en algunos de los elementos esenciales para un discurso crítico de la enseñanza: el retroceso de la democratización, la ideología de la eficacia o el rechazo a la sumisión y el fomento de individualidades fuertes, todos ellos piezas necesarias para ir perfilando nuestro enfrentamiento con el retorno de la tecnocracia al sistema educativo, esta vez con más fuerza que nunca.

César Cascante nos ayuda a situar estos problemas en el amplio y determinante contexto del neoliberalismo, volviendo sobre un análisis que fue pionero en la crítica de los aspectos sociopolíticos de la Reforma y que no hace mucho tiempo era tildado de radicalismo por algunos sectores, lo cual merece la pena ser recordado ahora que afortunadamente son muchos los que en todo o en parte también ven las cosas así.

La aportación de José María Castiello y de Juan Nicerza es representativa de una de las tareas que quienes suscribimos enfoques críticos sobre la educación nos proponemos llevar a cabo: la selección de temas con capacidad para dar relevancia social e imprimir compromiso ideológico y político al conocimiento con el que se trabaja en las aulas.

JOSE MARÍA ROZADA

